

Seudónimo: Luchi

Cazando tendencias en un lugar con historia

Nuestro encargo empieza cuando en la clase de desarrollo sostenible nos dice el profesor que debemos asistir el sábado con ropa cómoda y todas las cosas que llegásemos a necesitar para hacer el trabajo de campo. El sábado en el aula de clase la presentación de un mapa, unas recomendaciones técnicas y un sol que atravesaba las delgadas persianas del salón fueron el resuelve: saldríamos a ¡cazar tendencias!

Parecía una misión al estilo Misión Imposible, que ¡aceptamos! Nuestro perímetro fue una pequeñísima parte de la localidad 17 de Bogotá: La Candelaria. Constituida mediante la Ley 1 de 1992, por la cual se reglamentó la división territorial del Distrito Capital. Ese enigmático lugar se abría para nosotros en un recorrido que contempló nuestro paso entre las calles 9 a 12 y las carreras 1 a 14, que advertían el andar por la Plaza de Bolívar, el Pasaje Rivas, San Victorino y la Plaza de los Mártires.

En la Universidad Externado de Colombia ubicada en 65 mil metros cuadrados que colindan con La Candelaria, se erigen 11 edificios construidos para llevar una vida académica, la cual comprende programas de pregrado y posgrado. Es en el edificio sede de la Facultad de administración de empresas donde se surte nuestro primer contacto con el hombre de la chaqueta de rojo.

La primera impresión es un hombre de figura lánguida, anteojos ovalados, jean, camisa de cuello azul con estampado que dice Uruguay y sin la chaqueta advertida pero con un poncho rojo a rayas negras. Nos entrega el primer sobre. Empieza nuestro recorrido. Una carrera contra el tiempo. Un solo destino.

Seudónimo: Luchi

Iniciando la caza, bajamos 42 escalones atravesando el parking, organizándonos para empezar a recorrer la Calle Sola (Calle 12) que recibió ese nombre por ser poco habitada y desierta a finales del siglo XVIII, cuando el Virrey Manuel Guirior en 1774 decidió organizar las calles de Santa Fe ordenando poner nombre y número a las casas. Entonces las dividió en cuatro cuartos y ocho barrios, donde el censo correspondió a 16.233 personas contrastado con el actual que supera los 27.000 habitantes.

En el inicio, empezamos a experimentar las más profundas inequidades sociales, lo bonito, lo cruel, lo mediático y por qué no, lo insólito de un sector reconocido como centro histórico, arquitectónico, cultural y centro administrativo del país, que guarda entre sus calles los secretos de la historia de Colombia en una extensión de 183.89 hectáreas según planeación distrital. Una población flotante de 300.000 personas por día, según el plan ambiental local proyectado para 2013-2016, organizados por barrios si se quiere. Las Aguas y La Concordia son estudiantes; el Centro Administrativo y Catedral sitúan funcionarios públicos y turistas y Santa Bárbara, Belén y Egipto alojan indeseados en inquilinatos por noche.

Empezamos a caminar rumbo a La Plaza de Bolívar. Aproximadamente, 58 restaurantes que ofrecen una gastronomía variada, la cual varía entre comidas rápidas, almuerzos ejecutivos, comida italiana, 'corrientazos', empanadas, morcilla y picadas, panaderías y uno que otro sitio de postres económicos y deliciosos. Hay comida para todo público. Estudiantes, funcionarios públicos, docentes, turistas, gente de a pie, habitantes de la calle... "5 empanadas por mil" y platos de 35 mil el

Seudónimo: Luchi

más económico en La Bruja, crepes de 17 mil pesos en Rosita y el jugo de naranja, el tinto, perico y aromática en la esquina.

Mientras avanzamos las paredes nos gritan; se encuentran marcadas, reseñadas, por la manifestación libre de pintura mezclada con arte que marca con ella el interés histórico y cultural de la ciudad. La RAE define el grafiti como “Firma, texto o composición pictórica realizados generalmente sin autorización en lugares públicos, sobre una pared y otra superficie resistente”, pero ¿qué gritan nuestras paredes de la Calle 12? Sencillo. En el año 2011 la firma CORFESIM mediante el contrato 201, realizó una entrevista de percepción de la comunidad del entorno de la candelaria determinando que “solo el 49% relaciona los grafitis con el vandalismo y que el 60% los considera una herramienta de expresión personal (...)”.

Pasados 15 minutos de caminata un fétido olor se despliega desde el final de la carrera, al parecer el arreglo de la calle augura una cuadra contaminada. Se trata de la pavimentación de la calle 12 entre carreras 4 y 5. Una excavación “profunda” que requirió la solicitud a la alcaldía, por parte de los ingenieros, de los planos de las redes de acueducto en ese tramo y se encontraron con una bóveda de más de cien años de construcción, cien años de historia.

En la Plaza de Bolívar viramos a la izquierda (por la carrera séptima) y caminando unos cuantos metros nos encontramos con La Plaza Mayor, después de la independencia denominada Plaza de la Constitución y desde 1846 Plaza de Bolívar, restaurada con un sentido renacentista por Fernando Martínez. Hoy es ícono de múltiples manifestaciones, encuentros de todo tipo y ventana para los turistas

Seudónimo: Luchi

nacionales y extranjeros. Los 13.903 metros cuadrados tienen la capacidad de albergar aproximadamente 56 mil personas y junto a ellas, en sus anaqueles, antiguas ejecuciones, mercados, corridas de toros, eventos sociales y actos circenses de otras épocas.

Cinco minutos observando mientras llegaba el hombre de chaqueta roja. Allí donde con tradición Romana se edificó en 1842 la sede del Congreso de la República, 30 niños: 4 vendiendo dulces, otros helados, bolsas para la basura o pidiendo limosna, robándoles con ello la infancia, los juegos, la alegría de crecer como niños, de seguir sin oportunidades, sin niñez... sin futuro.

Habiendo tomado la foto con el hombre de rojo, llegó el momento de hacer entrevistas, de entender los modelos de negocio que varían entre vender maíz para las palomas, tinto, lustrar zapatos, ofrecer la fotografía con animales y ser indigentes. Contamos más de 23 ancianos ofreciendo algún artículo o extendiendo la mano por alguna moneda. Es el caso de don José Aníbal González, indigente y enfermo de la pierna derecha, quien camina con muletas y recibe en promedio diario 15 mil pesos para comprar comida y pagar una pieza en el barrio Egipto.

10:30 de una acostumbrada mañana bogotana. Un ejército pululante de rayos solares se posa como estalactitas sobre nuestras cabezas. Avanzamos hacia el edificio de las Galerías de Arrubla, el cual se llamaría después el Edificio Liévano y que se tornó como el primer centro comercial existente de la Capital. Quién pensaría que 149 años más tarde los guardas -de lo que hoy es la sede de la Alcaldía Mayor de Bogotá- nos impedirían escaparnos del temible sol, cuando en sus inicios

Seudónimo: Luchi

justamente ofrecía comodidad y protección -para la lluvia o para el sol- a quienes transitaban por allí.

Estamos en el centro político, histórico, económico y religioso de Bogotá donde se concentran los poderes, La 'Gran Casa'. Una alfombra roja que recorre desde la entrada hasta la puerta principal es beneficiaria de soportar los 'excelentísimos' pies de altos funcionarios extranjeros. El Batallón Guardia Presidencial sigue adelante con la preparación de la función: el magnánimo evento de la Guardia de Honor de la Casa de Nariño. En medio, la imagen de 'El Dios de la muerte'-réplica de una litoescultura del Parque de San Agustín en el Huila, que se encuentra custodiado por los hermosos jardines de la morada presidencial.

El Pasaje Rivas, lugar de arquitectura neoclásica y enigmática, ubicado en la carrera 10 con calle 10 representa 123 años de historia bogotana. Fue en el siglo XIX cuando Luis G. Rivas quiso darle a la capital el mejor de los estilos parisinos, es como atravesar un túnel en el tiempo. Es encontrar desde las habituales ollas negras, los cubiertos de totumo, las artesanías en fique y cabuya, los costales, los baúles sin pulir, las mochilas de auténticos indígenas, los percheros de bambú, las alpargatas, las ruanas y elementos de lugares tradicionales como Ráquira, Boyacá, hasta camas dobles y sencillas con sus respectivos colchones, mesas de centro, comedores, mecedoras, hamacas de San Jacinto y otros objetos de la planicie boyacense.

Seudónimo: Luchi

Nuestra caza continuó. **San Victorino** se caracteriza por concentrar a los comerciantes, viajeros y capitalinos en búsqueda de productos económicos y de buena calidad. En ese lugar, donde se encuentra La Mariposa, escultura de Edgar Negret inaugurada en el año 2000, tras acabar con las Galerías Antonio Nariño donde se concentraban en locales comerciales personas recién llegadas a la capital: Actualmente encontramos almacenes de ropa para grandes y chicos, muebles para la casa, juguetes, herramientas, zapatos, artículos para el aseo y, algunos carros acondicionados para la venta de tinto y comida, popetas, perfumes y esencias, piñatas y, por supuesto, algunos indigentes o ladrones propios del sector. Es un lugar donde para diciembre de 2014 algunos empresarios pensaron en montar pantallas LED para cambiarle la imagen a San Victorino al mejor estilo del Time Square de New York. No lo lograron.

Caminando unos metros en sentido occidental atravesamos la avenida Caracas con calle 11. En **La Plaza de los Mártires** el misterioso hombre entrega los sobres. Al lado sur limita con la Jefatura de reclutamiento y control de reservas del Ejército Nacional; al occidente con la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús, denominada también como iglesia del Voto Nacional como representación de la promesa de don Manuel Marroquín de construir un templo si se llegaba a la paz de Colombia, que permanecía en guerra desde hacía tres años como consecuencia de los enfrentamientos entre los partidos liberal y conservador después de la Guerra de los Mil Días. El Obelisco, de 17 metros de altura, que se erigió en 1880 guarda con recelo entre sus muros los nombres de algunos patriotas que se oponían al régimen pacificador, así como los de los mártires de la independencia de Colombia.

Seudónimo: Luchi

Nuestro camino continuó hasta la **Plaza de las Nieves** en la carrera séptima con calle 22 y el escenario nos cambia. Quizás un estrato social diferente. En este lugar, artistas callejeros; un claro de luna interpretado maravillosamente por un experto saxofonista a la espera de un reconocimiento económico, por parte de los transeúntes, a su trabajo; cantantes de salsa de vieja data; pintores de tiza y pavimento con una imagen de Jesús al lado de Iglesia de Nuestra Señora de las Nieves, que se vio afectada con el terremoto de 1917 y reconstruida por Juan Bautista Arnaud con un estilo románico-bizantino.

El común denominador en este escenario es la calidad de ventas y de productos ofrecidos para el público objetivo. Los lustradores de calzado uniformados y con un vehículo de tracción humana adecuado con una silla, una sombrilla, una pequeña bodega para guardar los elementos de trabajo y, por supuesto, el valor del servicio se incrementa en comparación directa con el anciano que cumple la misma labor en la Plaza de Bolívar.

De otra parte, las ventas de dulces son más sofisticadas, no las realizan en 'Chazas' sino en estructuras acondicionadas por la alcaldía Mayor de Bogotá para tal fin y dispuestas en toda la ciudad. Los cafés no se venden en la calle en carros acondicionados para tal fin, hay por lo menos 11 locales donde no solo se ofrece esta maravillosa bebida sino que venden otras bebidas que se pueden acompañar con alguna factura al menor estilo bonaerense.

Los retratos, dibujos y pinturas realizadas por artistas callejeros oscilan entre 10 y 15 mil pesos y depende su valor de la técnica usada, el color y, si es en carboncillo

Seudónimo: Luchi

aumenta. Los productos de segunda mano dispuestos sobre la calle se convierten en una buena opción, quizás, de obsequio por el imprescindible buen costo.

A las 11:30 horas, empezamos a caminar por la calle 19 con destino a la estación de Transmilenio Las Aguas, el hombre de rojo nos espera. Este sistema fue inaugurado en el año 2000, y esta estación recibió el nombre por el barrio y la iglesia de Nuestra Señora de las Aguas, santuario dedicado a la Virgen María.

Una gran oferta cultural, académica y gastronómica se nos presenta a unísono. Del lado occidental, la muestra irreprochable de aquellos francófilos que comparten con los locales su amor por la lengua y la cultura de Francia creando con ello la Alianza Francesa, fundación sin ánimo de lucro establecida desde 1883 alcanzando presencia en 140 países y en Bogotá cumpliendo 72 años de historia.

Del lado oriental el Icetex, entidad estatal que promueve la Educación Superior mediante las modalidades de créditos educativos, alianzas, fondos y becas así como el acceso a oportunidades educativas en la comunidad internacional. El Centro Colombo Americano que logró, en un primer momento, reunir al presidente de la época Alfonso López Pumarejo junto con Nelson Rockefeller, Coordinador de asuntos interamericanos, enviado por el presidente Roosevelt para su inauguración, así como Henry Taylor, curador del Museo Metropolitano y el crítico Sam Lewison, a nombre del Museo de Arte Moderno de Nueva York.

Y, entonces: “Ved que aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes más, y no olvidéis este ejemplo”. Es la inscripción con que nos recibe el busto de la más famosa y reconocida heroína de la independencia de Colombia,

Seudónimo: Luchi

quien fue fusilada durante la reconquista española en 1817: Policarpa Salavarrieta: La Pola. “Muero por defender los derechos de mi patria”, tal vez fue de las últimas premisas que esta mujer, quien había sido esclava durante un año, se convirtió en mártir y símbolo de libertad después de ser descubierta con manuscritos que contenían consignas independentistas y la llevaron a ser considerada una espía para la época.

Nuestra travesía continuó hacia el Chorro de Quevedo. Más de 206 ofertas de alojamiento con precios entre 25 mil COP por una cama en habitación compartida y 550 mil COP por una habitación doble con desayuno incluido. Llegamos a la Calle del Embudo, espacio empedrado construido con las especificaciones arquitectónicas de la Colonia, donde a medida que avanza se va vuelve angosto para desembocar en la plaza del Chorro de Quevedo. El embudo obedece a la forma como los lugareños reducían los espacios para protegerse.

A los dos lados de la calle se encuentran casas antiquísimas, intervenidas en su totalidad por la Alcaldía, donde se encuentra una gran posibilidad de gastronomía, bebidas, artículos artesanales, estupefacientes y el icono del lugar, la bebida de los dioses... La Chicha. Tradicional bebida indígena que se usaba en la celebración de ceremonias y rituales religiosos consumida bien por placer o costumbre social. Maíz fermentado es el ingrediente principal del elixir cuya elaboración y almacenamiento después de la independencia ascendió a un consumo de 50 millones de litros por año, cuyo gravamen producía a la Nación la suma de 500 mil pesos. Hoy por hoy, la cerveza ha arrebatado su mercado y los chicheros son solamente aquellos visitantes que desconocen los orígenes y manifestaciones culturales alrededor de

Seudónimo: Luchi

esta bebida que tan solo cuesta 5000 mil pesos la totuma de colores o 6000 si se desea llevar. Sin embargo, mediante el Acuerdo 121 de 2004, se estableció el festival de la chicha, la vida y la dicha de la Perseverancia como patrimonio cultural de Bogotá, encerrando con ello una historia de sangre, destierro y persecución durante muchos años.

El nombre del Chorro obedece, principalmente, a que el padre agustino recoleto Quevedo adquirió un predio con la intención de proveer agua a los habitantes del sector, instalando un chorro donde los ciudadanos recogían el líquido y lo llevaban a sus casas. Estaba cubierto por un muro, derribado en 1896 y con él la historia de Colombia. Para 1969 se ordenó la recuperación de la Candelaria, para ello las fotos y pinturas de la plazoleta fueron piezas claves.

El hombre de rojo aparece y los diferentes equipos de trabajo también. Nos congregamos y a unos cuantos metros nuestras miradas se cruzan con la Ermita del Humilladero, que recibió este nombre porque las personas ingresaban de rodillas con la cabeza baja en señal de humillación ante el Santísimo. El Chorro es más que un sitio de rumba, comida, alcohol o sustancias. Es un lugar que guarda entre sus muros, empedrados y casas: tradiciones, novelas, doncellas, ejércitos, españoles, aguateros y humillados, y está lleno de magia, de historia, que empieza o termina con secretos, inconmensurables estudios, tendencias y realidades olvidadas.